

IV. –Acto público de afirmación

El discurso impecable de nuestro querido Fundador bien merece transcribirse íntegro. Helo aquí:

¿DEBE HOY EXISTIR LA ALIANZA?

Esta modesta velada con que hemos querido obsequiar a nuestros amados sacerdotes directores, hermanitas, colaboradores y personas simpatizantes de la Alianza en Jesús por María, es, al mismo tiempo, un acto público que se organiza en pro de la Obra.

La representación escénica que acaban ustedes de ver y la que a continuación verán, obras ambas de nuestro querido Hermano Dr. don Juan José P. Ormazábal, Director Local del Centro de Vitoria, son facetas de nuestra historia desde su fundación y del espíritu que en sus distintos grados anima a las almas que viven en la Obra.

*A lo cual, en familiar y sencillísima prosa, quiero yo unir un punto que **HOY** y **AQUÍ**, en San Sebastián, y ante esta selectísima concurrencia, estimo sea oportuno y de interés para todos.*

No faltan personas respetabilísimas y de muy buena intención, que no acaban de ver por ningún concepto la razón y la oportunidad de que exista hoy la Alianza, como asociación independiente en la Iglesia de Dios; puesto que (dicen) todas estas obras están perfectamente comprendidas en las grandes Instituciones pontificias que ahora se mueven con arrollador impulso; al contrario creen ellos que esta Obra y otras parecidas perjudican y entorpecen el desarrollo y fecundidad de aquellas.

Nosotros no lo creemos así; y queremos hoy disipar esta pequeña sombra con la gracia de Dios y máxima caridad para con todos.

Es de advertir, ante todo, que, cuando se lanzó la idea de la Alianza y ésta comenzaba a vivir con esperanzas halagüeñas y pruebas claras y evidentes de la bendición divina, allá por el año de 1925, aún no había noticia alguna de estas Obras pontificias.

Seguíamos nosotros reclutando almas hambrientas de Dios y de santidad en medio de una sociedad indiferente, paganizada y medio atea, y el campo por entonces estaba para nosotros completamente libre y sin oposición, como no fuese por parte del mundo.

*La ruta que nosotros trazamos entonces y el **LEMA** que resumía la quinta esencia de la Obra, que comenzaba a moverse, son hoy, a los 16 años, invariablemente los mismos de entonces.*

La Obra no ha variado un ápice en sus fundamentos, como no ha variado tampoco desgraciadamente el ambiente en que ella vive. Si a su lado han surgido posteriormente magníficas obras, tan luminosas que eclipsan completamente a ésta que a su lado no es más que un granito de arena, sigue hoy, sin embargo, teniendo la misma razón de ser y de existencia que tuvo, cuando todavía se movía ella sola.

¿Cuál es esta razón?

Examinemos /a esencia de la Alianza y allí la encontraremos clara y evidente.

Mis Hermanos en el Sacerdocio, aquellos que en el santo ministerio llevan años de ejercicio, habrán sorprendido, como nosotros, en medio de la frivolidad de la vida, almas verdaderamente hambrientas de Dios. Ni San Sebastián, con su vida excesivamente distraída, ha carecido de estas hermosas almas, que enfocaron su vida y sus amores en Cristo Jesús. Ellas cabalmente nos obligaron a pensar en la Alianza.

*El primer pensamiento acerca de la Alianza fue, el de proporcionar a estas almas un ambiente adecuado a sus grandes anhelos, dentro de la vida doméstica Y seglar, con todos los medios necesarios para iniciarla., proseguirla, desarrollarla y consumarla a la medida de los divinos designios. Entre tanta gente que, llamándose cristiana, descristianiza la vida y la desacredita con sus costumbres paganas, pensábamos en una Obra que cobijara, a la sombra de un **LEMA**, a las que quisieran ser verdaderamente **CRISTIANAS**.*

Un centenar de almas en San Sebastián, dadas y consagradas totalmente al Señor, con un amor sincero, fino, delicado, puro, constante, generoso y sacrificado. Que ellas viviesen la vida cristiana plena y perfecta, conforme a los preceptos de Dios y a las máximas y consejos del Evangelio. Que su idea fuese JESÚS, y su labor constante el conformarse, configurarse y transformarse en Él por la fe, la caridad y el ejercicio de las demás virtudes, con un renunciamiento total al inundo y Satanás, y viviendo (sin ninguna otra añadidura) las promesas solemnemente pronunciadas en el santo BAUTISMO; puesta ante sus ojos como modelo y prototipo de la vida, a la doncella de Nazaret, a quien, bajo la advocación de la Virgen del Coro, debían profesar una tierna y confiada devoción. Este era y este es el supremo ideal de la Alianza: JESÚS, su amor, su vida, su conformidad en medio del mundo.

Pero surgía una grave dificultad. Estábamos en San Sebastián, ciudad frívola, ciudad veraniega, de turismo, cosmopolita; ciudad de recreo y de placer, ciudad foco de mundanidad, de inmoralidad en sus fiestas y espectáculos.

La sensualidad, pues, y la impureza eran el primero y el más poderoso obstáculo para que nuestro SUEÑO fuese una realidad viva y fecunda. De ahí la necesidad de poner ante los ojos de este puñado de almas valientes los encantos, las bellezas, los atractivos, las excelencias, las grandezas y las glorias de la pureza angélica.

Era necesario comenzar por cultivar en sus corazones la más sólida, delicada, exquisita y fragante pureza de alma y de cuerpo. Estas almas habían de renunciar a toda clase de invitaciones al pecado sensual; para ellas la playa, el teatro, el cine, el baile, la novela, la moda y las tertulias de COLOR estaban suprimidas.

La Obra que se proyectaba debía tener, como característica especial, como sello y distintivo propio, como su diferencia específica, el cultivo, el ejercicio de la castidad angélica; su primera (aunque no la principal) aspiración era el triunfo de la PUREZA; sus más encarnizadas luchas, sus más duros combates, su más implacable guerra se libraría entre la virtud encantadora de la pureza virginal y

los numerosísimos enemigos que en la ataviada ciudad se movían con disimulo o abiertamente contra ella.

Era, ante todo, necesario crear un, ambiente de pureza entre estas almas seleccionadas para ser santas en cuerpo y espíritu, a cuyo fin habíamos de desplegar e izar a los cuatro vientos la blanca bandera de esta virtud; hablar de ella, predicar seis grandezas, descubrir sus maravillosas excelencias, sus altezas, sus ventajas, sus glorias, dadas en la doctrina de San Pablo y de los Santos Padres; todo lo cual entraba en la Obra, como su elemental e indispensable programa.

El triunfo de la pureza nos disponía admirablemente al triunfo del amor de Cristo Jesús.

Mas, ¿cómo en San Sebastián disponer a las almas a alistarse en esta cruzada por el triunfo de la virtud angélica?

La vida muelle y regalona de cierto sector de la ciudad no podía entrar en nuestro plan; la austeridad era virtud indispensable; la virtud angélica no podía triunfar sola y al descubierto; era menester rodearla, como de invulnerable coraza, de la mortificación cristiana, ¡había tanto que sacrificar...! La que quiera venir en pos de MÍ, en pos de esta virtud, en pos de esas almas virginales, tiene qué negarse a sí misma, tiene que vencerse, ha de crucificar la carne con sus vicios y concupiscencias, en una palabra, ha de poseer un gran espíritu de sacrificio ha de ser mártir en el sacrificio.

En un ambiente de austeridad, de vida mortificada de continuos renunciamientos, de negación constante ha de cultivarse necesariamente la bella flor de la castidad angélica; no hay castidad posible sin castigarse noche y día.

De aquí, como de su raíz, arrancaba el principio de la Alianza en San Sebastián. Salimos, pues, en busca de almas mortificadas, dispuestas a inmolarse en el sacrificio, como los mártires en la parrilla. A estas almas predicamos el secreto de los divinos encantos de la pureza virginal, ex/poniéndoles al mismo tiempo la necesidad de enfrentarse cara a cara con las seducciones de .esa vida de placer que la ciudad brinda a la incauta juventud. Puras como Inés y Cecilia, como Eulalia y Teresita; libres de las ligaduras del mundo, sensual,

vano y engañoso; ataviadas con las ricas preseas de la virtud conquistadora y cautivadora, iban a emprender el camino hacia Cristo Jesús, su supremo ideal.

Vivir su vida, la vida de Jesús, tomándola en el Evangelio por la imitación, en los sacramentos por la gracia y en el divino pecho por el amor; todo lo cual quedaba resumido en el triple lema que escribimos en los pliegues de nuestra bandera: **SERAFÍN EN EL AMOR, VIRGEN EN LA PUREZA Y MÁRTIR EN EL SACRIFICIO**. Y bien **FORMADAS** en los moldes de este lema, cobijadas a la sombra de esta bandera y abrazadas a ella, la Alianza salía, como hija fiel de la Iglesia, a la conquista de las almas en un amplio apostolado; apostolado que más tarde ha quedado encuadrado con la independencia de sus características, en la Obra, por excelencia pontificia, de la Acción Católica.

Esto era la Alianza hace diez y seis años y esto es hoy en sus más sólidos fundamentos y en sus aspiraciones más nobles.

Ahora bien, queridos Hermanos, hermanitas y señoras que me escucháis: ¿Ha pasado ya, tal vez, la oportunidad de que exista esta Obra? ¿Es que, por ventura, la vida cristiana, la vida sobrenatural bebida en la fuente del Costado de Cristo, la Vida de amor que transforma al hombre en perfecta imagen del Dios humanado, ha llegado a la plenitud de su desarrollo?

¿Por ventura el mundo ha dejado de ser un grave incentivo de malas pasiones, tentaciones y peligros para las almas? O al contrario, ¿no es hoy como ayer la impureza, en su aspecto más bajo y desvergonzado y descarado, el gran tropiezo de las almas, para que éstas suban a la cumbre donde reina el amor?

¿Por ventura no se busca hoy, tal vez como en ningún otro tiempo, la vida de regalo, de comodidad, de placer en todos los órdenes y en todas las esferas de la sociedad, renunciando a la vez a la austeridad, a la mortificación y a la penitencia, que, a lo más, se consideran tolerables dentro de los muros de los conventos? ¿Quién, que haya saludado una página de nuestro Reglamento, se atreverá a decir que la Alianza no tiene razón de existir? ¿Acaso en la misma

Acción Católica, en esa grandiosa organización de almas sólidamente cristianas en ese movimiento universal hacia el apostolado seglar, acaso, repito, no encaja ahí la Alianza como elemento sustancial vivificador en su triple lema de pureza, amor y sacrificio?

Pero, señores, decidme: ¿A quién estorba la Alianza? ¿Tal vez al sacerdote? Díganlo estos mis carísimos Hermanos, aquí presentes; díganlo los que en sus parroquias han palpado los frutos de su silenciosa y humilde acción y de su atrayente ejemplo de vida cristiana, piadosa y santa; díganlo esos celosos misioneros a quienes ha precedido la mano delicada de la hermanita que ha preparado los caminos de los pobres pecadores.

¿Estorba acaso a la vida religiosa? Díganlo aquellas Comunidades qua en su seno cuentan con vocaciones que de la Alianza han llevado un alma sólidamente forjada al golpe del triple martillo: sacrificio, pureza y amor. Díganlo esas Rvdas. Madres Maestras por cuyas manos han desfilado ya casi UN MILLAR DE VOCACIONES, fruto de la Alianza.

Pero, ¿a quién estorba la Alianza? ¡Ya lo sé! La Alianza estorba al mundo; estorba a esas almas mundanas, cuya vida contrasta con la de estas hermanitas; estorba a esas jóvenes que no quieren a su lado mayor perfección que la que cabe dentro de una piedad desfigurada en su tocador. Para ellas la Alianza es una exageración ridícula y antipática.

¡Oh, no! Nadie tema a la Alianza; a nadie estorbamos y a nadie perjudicamos; buscamos el bien de almas hambrientas de Dios y, por medio de ellas, la conquista de otras.

Tenga en hora buena el Señor sus regaladas, predilectas y amadas esposas en la soledad de los claustros. Mas esto es poco; téngalas también en medio del mundo, en la sociedad de las gentes, en los palacios de los ricos y en la chocita de los pobres.

Recreen al divino Esposo las flores de Los jardines; pero embalsamen también y purifiquen la brisa de la mañana los fragantes lirios del campo.

Veinte meses de vida

Tengamos muchas santas de toca y de hábito; pero no falten en la Iglesia de Dios santitas de mantilla y de sombrero.

*Antonio Amundarain
San Sebastián.*